

Recorrido histórico

Reflexiones sobre el libro escolar ilustrado I

por Miguel Ángel Pacheco*

Miguel Ángel Pacheco, Jesús Gabán y Javier Serrano presentaron, en el marco del Simposio, una ponencia conjunta bajo el título de «Reflexiones sobre el libro escolar ilustrado». La introducción, que propone un somero recorrido histórico por lo que ha sido la evolución del libro de texto, le correspondió a Pacheco, quien además se refiere a la conveniencia de plantear sin demora un debate sobre la necesidad de la ilustración en los manuales escolares. Como reconoce el autor, muchas de las ilustraciones de los libros de texto son puramente decorativas, tienen como única función embellecer el producto, hacerlo más atractivo y competitivo.

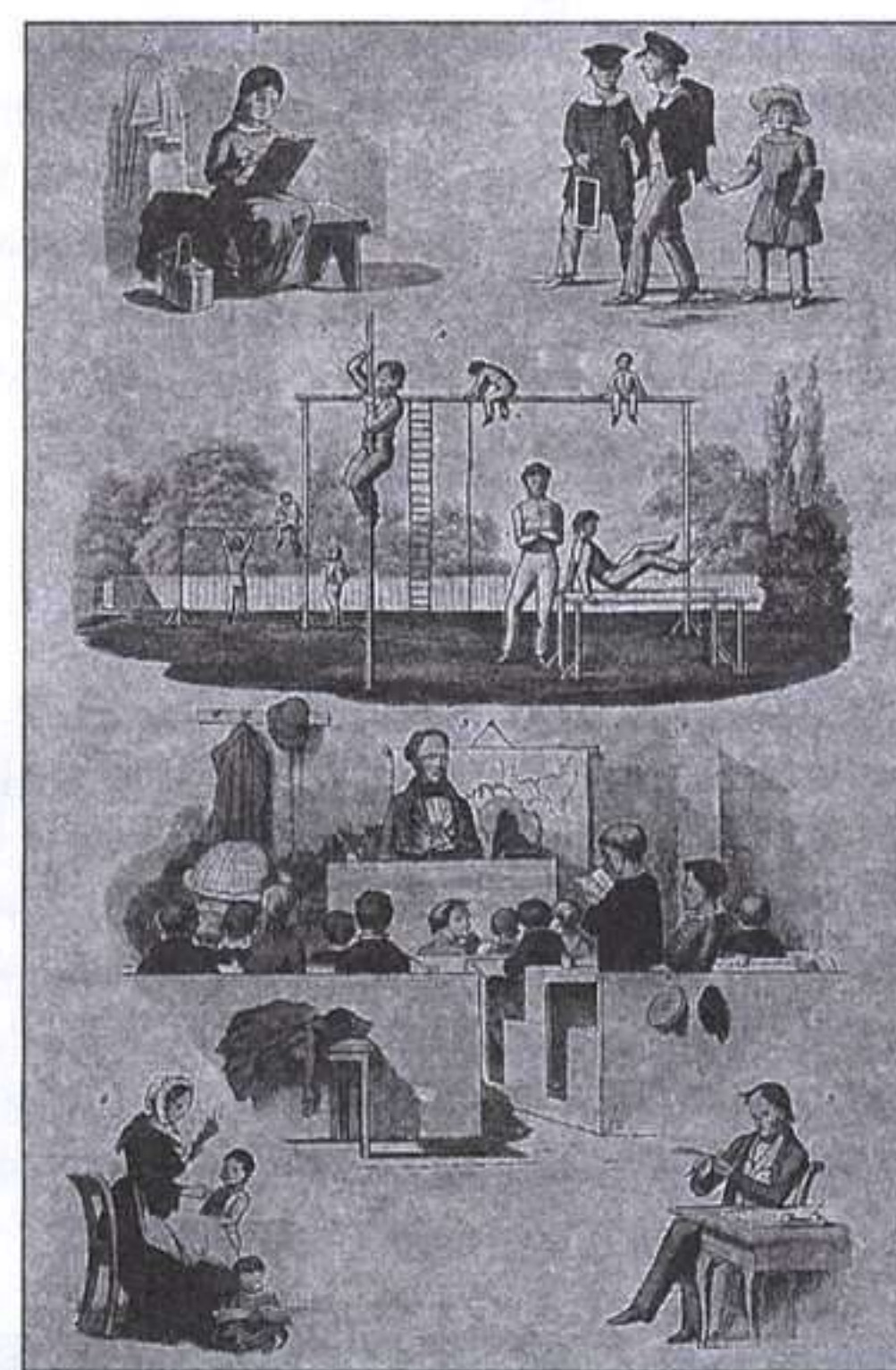


Ilustración de Orbis pictus, de Comenius.

Mundus.



Otra imagen de Orbis pictus, que representa el mundo.

Die Welt.

Parece ser que tanto en Grecia como en Roma existieron ya libros ilustrados, generalmente de botánica o zoología, que probablemente tuvieron que ver con la enseñanza. Lo malo es que nadie los ha visto y los conocemos solo por referencias escritas. Había también un concepto innegablemente aleccionador en algunas de las láminas, orlas y capitulares que adornaban los códices abaciales. Claro que, al estar hechos a mano y ser ejemplares únicos—al igual que los rollos clásicos—, con toda probabilidad no se permitía que los manejaran los niños.

Así las primeras referencias históricas considerables de los que hoy llamamos libro escolar ilustrado se remonta a las cartillas y silabarios de los siglos XVI y XVII, de textos simplicísimos, complementados con toscas ilustraciones xilografiadas. Aún habrá que esperar casi un siglo para encontrar textos didácticos algo más complejos, cuyas láminas se correspondan exactamente con ellos.

Un referente modélico

El Siglo de las Luces —aunque quizá no sea por esto por lo que lo llaman Ilustrado— sitúa por primera vez la imagen didáctica en un contexto preciso, como prolongación orgánica de lo escrito, para completar con ella, desde un punto de vista estrictamente utilitario, el conoci-

miento humano. Es decir, como materia no solamente de información sino de comunicación y transmisión de saberes.

El paradigma de ese período ilustrado fueron —en el terreno que nos ocupa— los 3.135 excelentes grabados calcográficos, de clarísima exposición y esmerada y elegante factura, que integraron once de los veintiocho tomos del *Diccionario Razonado de las Artes, las Ciencias y los Oficios* que, con el nombre genérico de *Enciclopedia*, de Diderot y D'Alembert, vio la luz entre 1751 y 1772, en un París laico, volteriano y prerrevolucionario. Aunque esta obra tampoco se destinaba a la infancia, sus claras y hermosas láminas podrían perfectamente ser entendidas por un niño de hoy, cuyo nivel de conocimiento concreto supera en mucho al de la infancia de aquel tiempo. Eran, de hecho, dibujos para ser desentrañados por cualquiera, incluso por un analfabeto.

Es curioso constatar que la *Enciclopedia* estuvo suspendida —o mejor dicho, prohibida— durante unos años, por una monarquía que, aunque asumiera como mal menor cierto ascenso de la burguesía, no estaba dispuesta a tolerar, sin embargo, la divulgación indiscriminada de un acervo cultural, científico y técnico, que hasta entonces había sido patrimonio de una selecta minoría aristocrática, lo que hace pensar que la obra era tan comprometida como eficaz.

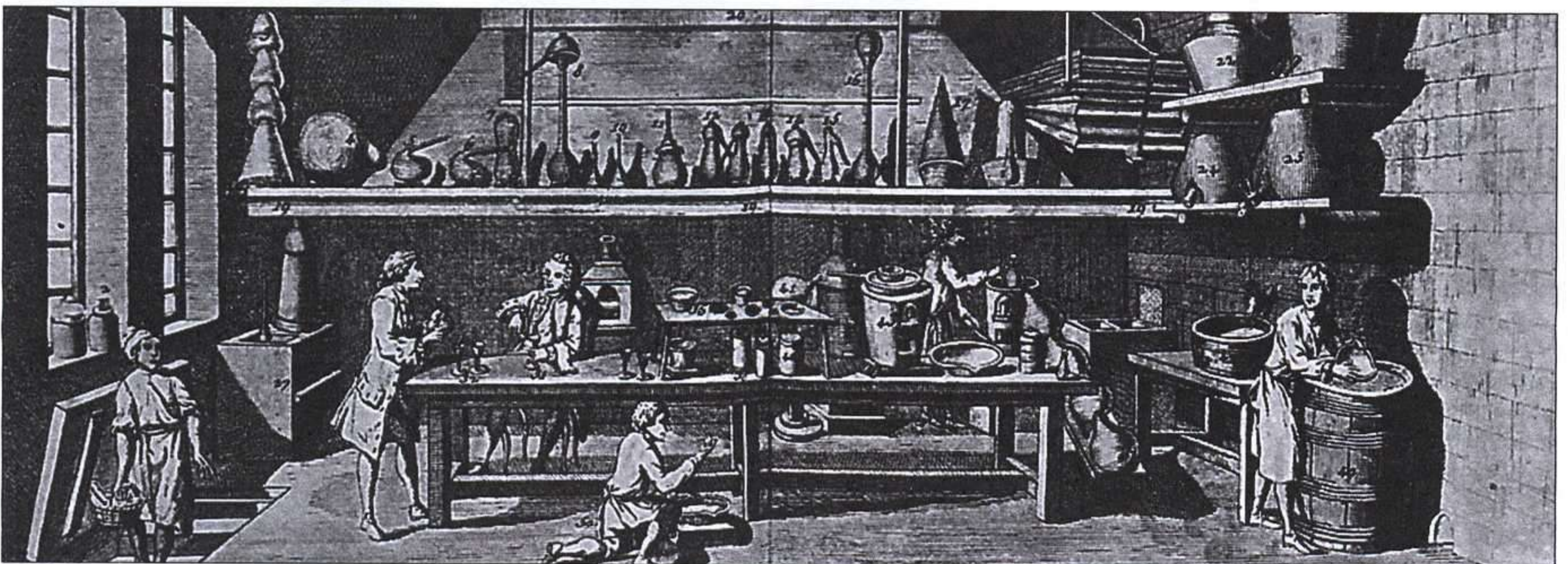
Pero además, se da el caso de que la

Enciclopedia, gracias precisamente a sus láminas, donde todo aparece dibujado con una justeza encomiable, pulverizó el concepto de los gremios artesanales, que había permanecido inalterable, como la propia monarquía, desde la más remota antigüedad, al vulgarizar para el gran público prácticas que hasta entonces pertenecieron, de modo exclusivo, a las corporaciones de los distintos oficios mecánicos. He aquí cómo toda una revolución técnica fue posible, en gran parte, gracias a esas ilustraciones.

Lo que va de ayer a hoy

Ahora bien, determinados conceptos teóricos, éticos, filosóficos o políticos no aparecen tan profusamente ilustrados en la *Enciclopedia*. Ni las Matemáticas, ni la Química, ni la Lengua, ni la Filosofía o la Religión cuentan con un cuerpo de láminas representativo. La obra de Diderot-D'Alembert es completísima, en cambio, en cuanto atañe al ámbito de las ciencias naturales, físicas, mecánicas, tecnológicas; en definitiva, al universo de lo concreto. Esta precisión nos parece fundamental para relacionarla con el libro escolar contemporáneo. Y es que hoy día ilustramos la Física, el Conocimiento del Medio y la Tecnología, pero también las Matemáticas, la Lengua, la Filosofía y hasta la Religión...

¿Qué ha ocurrido entre tanto? Eviden-



Un laboratorio de química. Grabado de Prévost para la Enciclopedia de Diderot-D'Alembert.

JOH. AMOS COMENII
**ORBIS SEN-
SUALIUM PICTUS.**

Hoc est,
Omnium fundamentalium in mundo rerum, & in
vita actionum,
Pictura & Nomenclatura.

*Editio tertia, eademque prioribus longe auctior & emendatior; cum
Titulorum juxta atque Vocabulorum Indice; prout siquem pagina docbit.*

Die sichtbare Welt!

Das ist:
Aller vornehmsten Welt-Dinge / und Lebens-
Verrichtungen/
Verbildung und Benennung.

Zum drittenmahl aufgelegt / und an viel mehrern Orten / als hievor /
geändert und verbessert; nebeneinem Titel- und Wörter-Register:
wie das folgende Blatt ausweiset.



Cum Gratia & Privilegio Sac. Caf. Majestatis.

NORIBERGÆ.
Summibus MICHAELIS & JOANNIS FRIDERICI ENDERT,
ANNO salutis 1672 LXXII.

temente, que los modos y las modas del libro didáctico ilustrado han ido evolucionando a lo largo del tiempo.

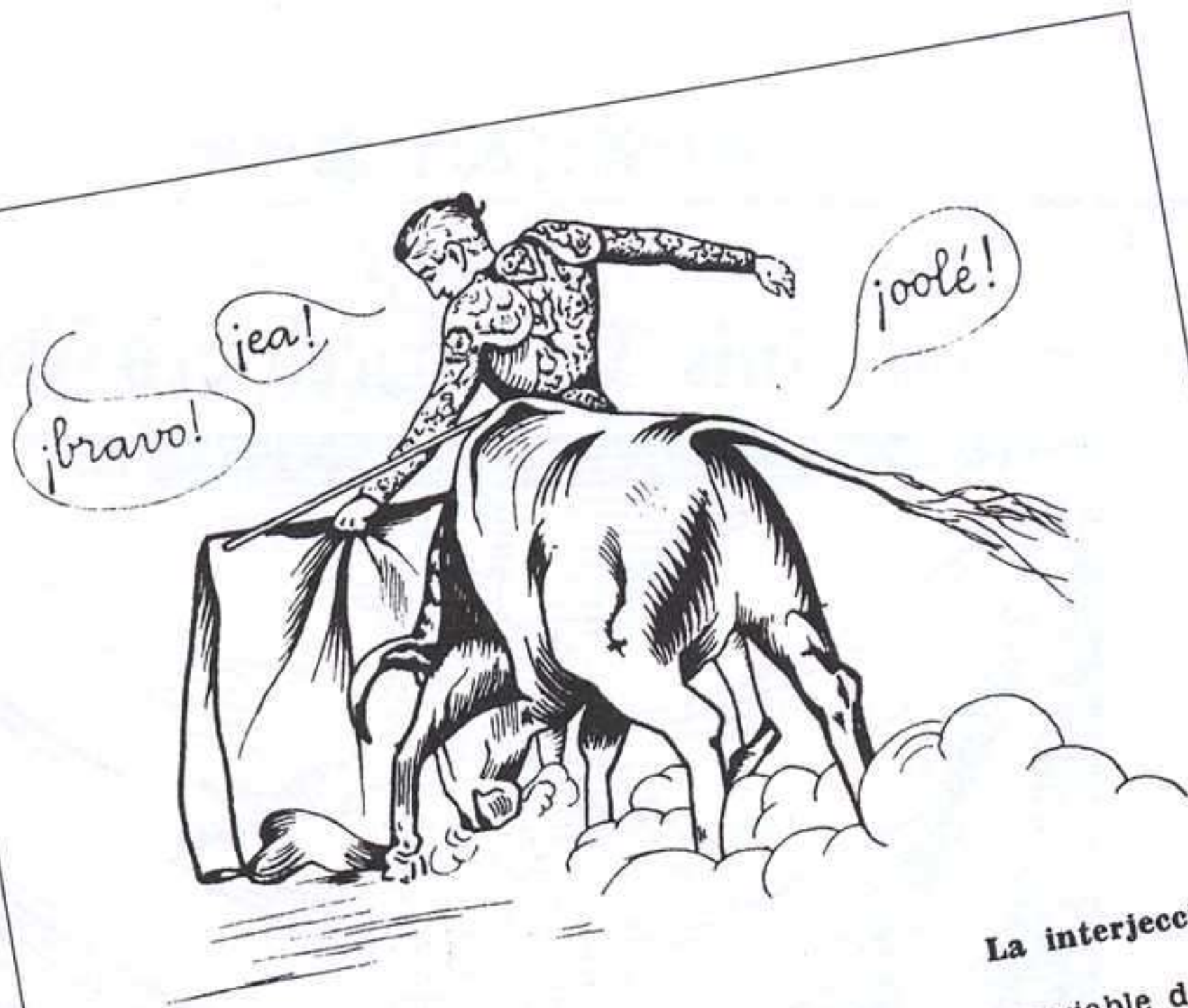
Los que hoy rondamos la cincuenta recordamos bien los libros donde se nos hizo estudiar: aquellas enciclopedias, más parecidas a las cartillas del siglo XVI —que al principio mencionábamos— que a la de Diderot, en las que había un mal grabado cada tres páginas de texto. Incluso las gentes de nuestra generación, que no están familiarizadas con la evolución de la imagen didáctica, suelen asombrarse, cuando reparan en ello, del aspecto físico que presentan nuestros libros escolares. Y acostumbran a exclamar: «¡Qué maravilla! ¡Si yo hubiera tenido libros así...!».

Pero no es oro todo lo que reluce. Veamos por qué. En concreto, en nuestro país, a principios de los 70, se produjo una renovación pedagógica que trató de ganar el tiempo perdido en la época de la dictadura. Tal renovación, que proponía entre otras cosas un concepto del libro

infantil más atractivo y amable, afectó también, ¡cómo no!, a la forma de ilustrarlo.

Coincidiendo con esa renovación, las condiciones del mercado de entonces hicieron posible la edición de buen número de álbumes a todo color, con tapa dura y buen papel, que ciertamente gozaron del favor de los niños y del de los verdaderos compradores, sus padres. En pocos años, España se puso a la cabeza de este tipo de publicaciones, en verdad lujosas que, sin embargo, alcanzaron cotas de consumo bastante altas. Con la mejor intención, los editores de libros escolares trataron entonces de que su producción se asemejara, en la medida de lo posible, a tal fenómeno y empezaron a surgir ediciones para la escuela progresivamente cuidadas y cada vez más dignamente ilustradas.

La costumbre no se implantó, con todo, de la noche a la mañana, pues, entre otras causas, el costo de semejantes obras era considerable. De hecho, en la generación a la que pertenezco, que es



La interjección

Nociones:

La interjección.—Se llama interjección la parte invariable de la oración que sirve para expresar la alegría, dolor, sorpresa, etc., de nuestra alma.
Ejemplos: ¡ay!, ¡oh!, ¡olé!, etc.
Clases de interjecciones.—Las interjecciones pueden ser propias e impropias.
Interjecciones propias.—Se llaman interjecciones propias las expresiones que únicamente se emplean como tales.
Ejemplos: ¡ah!, ¡oh!, ¡ay!, ¡eh!, ¡jea!, ¡hola!, ¡ojalá!, ¡ja, ja!, ¡uf!, ¡pum!, ¡tate!, ¡zape!, etc.
Interjecciones impropias.—Se llaman interjecciones impropias las palabras que, sin ser interjecciones, las empleamos como tales.
Ejemplos: ¡anda!, ¡calla!, ¡arriba!, ¡diablo!, ¡bravo!, ¡bien!, ¡fuera!, etc.

ENCICLOPEDIA ÁLVAREZ, EDAF, 1997.

más o menos la misma que la de Asun Balzola, Miguel Calatayud, Montse Ginesta, José Ramón Sánchez, Carme Solé o Ulises Wensell... —por citar unos cuantos— los pocos que ilustraron algún que otro libro de texto, lo hicieron más por vocación o por compromiso con sus editores que por verdadera necesidad, pues los álbumes abundaban y, por otra parte, los libros escolares aún no podían permitirse ciertos atrevimientos.

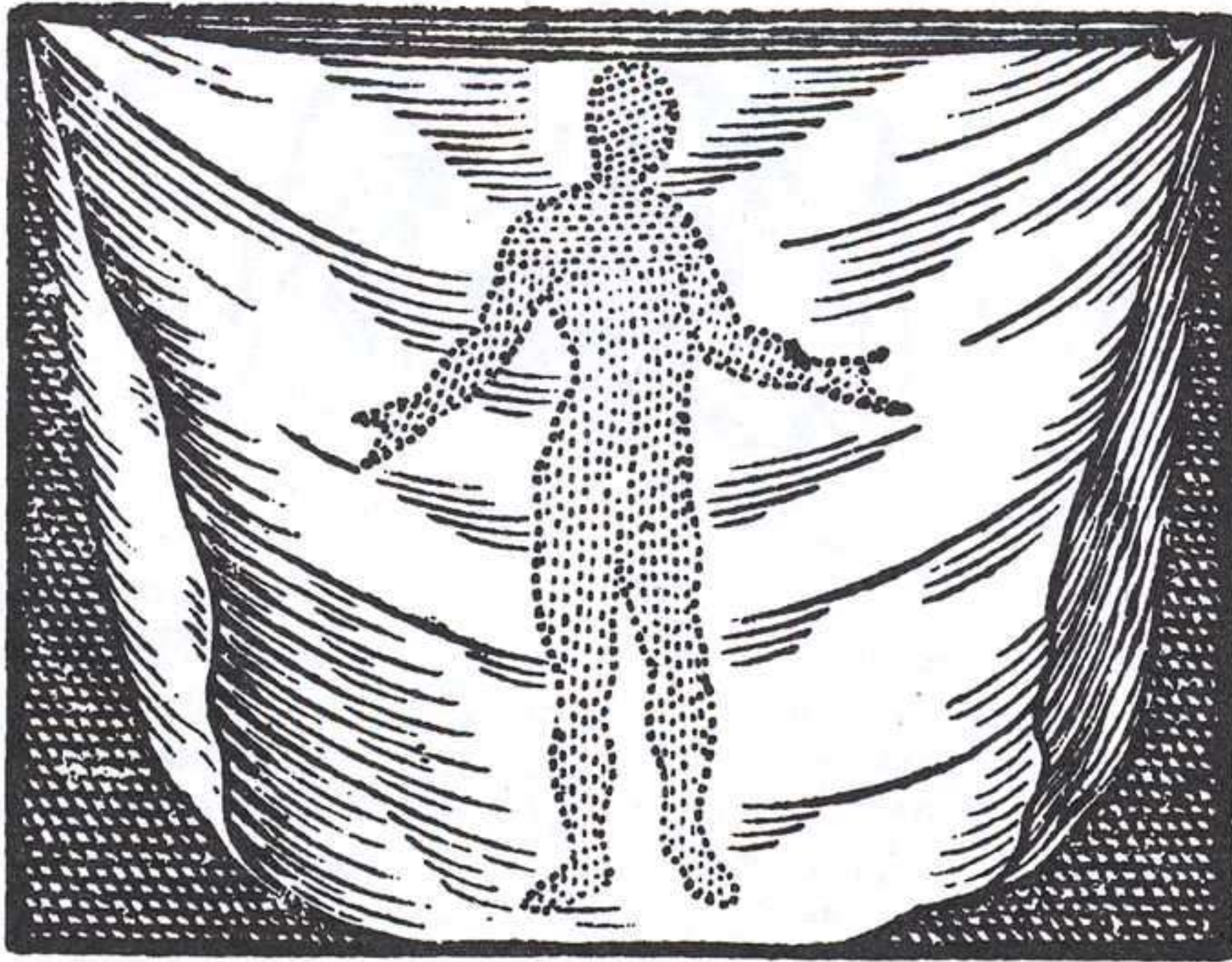
Época dorada del libro de texto

Pero en la generación siguiente que empieza a trabajar hacia principios de los 80 —dibujantes como Jesús Gabán, Tino Gatagán, Arcadio Lobato, Teo Puebla, Alfonso Ruano o Javier Serrano— encuentran una situación algo diferente. La venta de álbumes ha descendido notablemente, al tiempo que la competencia entre los diversos editores especializados en la enseñanza requiere libros cada vez más elegantes, con concepciones más atrevidas, por supuesto siempre a cuatro colores y a cargo, a ser posible, de los más prestigiosos ilustradores del país.

☼:☼:(88):☼:☼

XLII.

Anima hóminis Die Seele des Menschen.



La representación del alma tal como aparece en Orbis pictus (1650-54), un librito ilustrado dirigido a los niños en el que el autor dio a conocer las ideas filosóficas de la época.

Quizá la caída del álbum y la apoteosis del libro de texto puedan estar interrelacionados, en el sentido de que esos progresivamente lujosos textos escolares requieren un gasto considerable al principio de cada curso, lo que hace pensar a los padres compradores —siempre algo avaros frente a la cultura de sus hijos— que el cupo de libros que han de consumir éstos ha quedado ya agotado. En cualquier caso, hacia mediados de la década de los 80, nuestros ilustradores pasan a depender en masa del libro escolar y solo de vez en cuando se les permite —un poco como premio a sus desvelos— ilustrar uno de esos cada vez más raros álbumes.

En cambio, desde el punto de vista gráfico, esa es la época dorada del texto escolar. La competencia se ha multiplicado y se hacen verdaderos esfuerzos por editar obras atractivas, en un alarde casi agónico por captar a un comprador, por otro lado cada vez más perplejo e indeciso sobre que elegir entre tanta oferta, tan semejante además entre sí.

La situación actual

Llegamos así a nuestros días. Las transferencias hechas, entre otras áreas,

en materia educativa, a las diferentes autonomías de nuestro país diversifican aún más la oferta, poniendo a los editores en un brete, cuando pretenden man-

tener las cotas de mercado de épocas pasadas.

De otro lado, los casi constantes cambios de planes educativos por parte de la Administración hacen que los libros de un curso rara vez sirvan para el siguiente. El padre-consumidor pone el grito en el cielo ante el obligado gasto con el que empieza el curso escolar. A su vez, la Administración amenaza con tomar medidas demagógicas, que en nada beneficiarían la educación ni la cultura...¿Qué hacer? Probablemente, ante todo, reflexionar.

Y al hilo de esa reflexión, aún a los ilustradores, tan interesados como los demás eslabones de la cadena en que le libro escolar siga adelante en su expresión más digna, puede acabar por parecerles que no se trataba solo de comunicar saberes, sino de venderlos, envueltos en una apariencia lo más seductora posible. Y es que, en términos generales, podríamos decir que la imagen siempre ha servido para dos cosas bien diferentes entre sí: para informar y para decorar. Generalizando aún más, diríamos que la imagen decorativa, que adorna más que transmite conocimien-

TIEMPOS DEL VERBO:



Yo escribo, está en tiempo presente; yo escribí, en tiempo pasado, y yo escribiré, en tiempo futuro.

Qué es número.—Número es el accidente verbal que nos indica si el sujeto del verbo es uno o más de uno. Los números son dos: singular y plural.

“Yo estudio”, está en número singular; “nosotros estudiamos”, está en número plural.

Qué es persona.—Persona es el accidente verbal que nos indica “quién” realiza la acción del verbo. Las personas son tres: 1.ª, 2.ª y 3.ª

El verbo está en *primera persona* cuando la acción del mismo la realiza el que habla: yo como, nosotros comemos. Está en *segunda persona*, si la acción la realiza el que escucha: tú comes, vosotros coméis, y está en *tercera persona*, si la acción es realizada por aquel de quien se habla: él come, ellos comen.

A VER SI LO SABES:

El ... nos indica el momento en que se realiza la acción verbal.—
¿Qué es número?—Cuando la acción verbal la realiza el que escucha,

Geometría

LECCION 1

to, nos resulta a la larga —y a veces incluso a la corta— un tanto hueca y, pese a que pueda atraernos, rara vez nos enriquece, salvo en el terreno ambiguo de la pura especulación imaginativa.

En cambio, la imagen que informa, que aclara, aún menos atractiva, nos aporta como vehículo de conocimiento algo mucho más duradero. En ese sentido, ¿necesita realmente tantas imágenes un libro de aprendizaje de la Lengua, de las Matemáticas o de la Filosofía? Por el contrario, en uno de Ciencias Naturales, de Geografía, de Historia o de Física, las imágenes no solo aportan conocimiento, sino que en ciertos casos resultan imprescindibles. Entonces, ¿por qué en los libros escolares de hoy, la Religión aparece ilustrada exactamente igual que la Tecnología? Podríamos contestar que porque algunos de ellos están decorados y otros ilustrados.

Y, abundando aún en esta idea, nos atreveríamos a añadir: ¿por qué todos los libros escolares están ilustrados en cuatricomía, cuando en la mayoría de los casos bastaría con unos cuantos esquemas en uno o dos colores? Cabría responder que así resultan más atractivos. ¿Es, pues, lo atractivo en elemento pedagógico en sí? Quizá lo es en la primera infancia, pero puede que en absoluto después. Las láminas de la *Enciclopedia* de Diderot están en blanco y negro y han sido pocas veces superadas por libro pedagógico alguno.

Es lógico que la llamada literatura infantil se ilustre en cuatro colores, especialmente cuando se destina a niños menores de 10 años. De hecho, esa literatura infantil es una materia optativa, en cierto modo caprichosa. Es natural que deba resultar apetecible. Si no, quizá el niño, tan caprichoso en sus gustos, elija otra cosa, o el padre, tan celoso de sus gastos, prefiera otro producto. Y así, tal vez pueda también resultar lógico que el libro escolar, donde existe una competencia tan dura como irreflexiva, los elementos de adorno primen sobre los informativos. Asistimos pues a una curiosa inversión de valores donde lo verdaderamente pedagógico acaba por enturbiarse con elementos puramente decorativos, que distraen más que ayudan a retener.

Nociones:

Cuerpo.—Cuerpo es todo lo que ocupa un lugar en el espacio.

Cuerpo geométrico.—Cuerpo geométrico es el que tiene sus caras planas o curvas, y por su forma y extensión es estudiado por la Geometría.

En los cuerpos geométricos se consideran tres dimensiones: largo, ancho y alto.

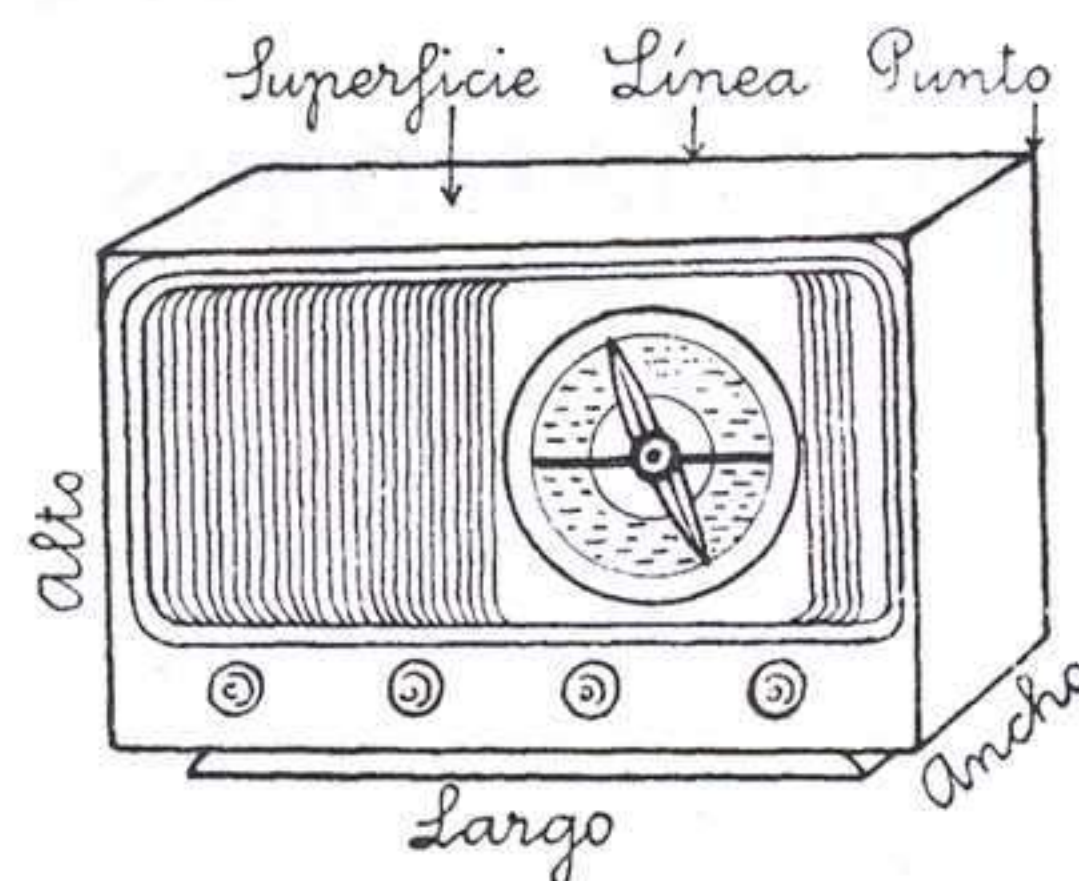
Superficie.—Superficie es la extensión considerada en dos dimensiones: largo y ancho.

Las caras de los cuerpos nos dan idea de las superficies.

Línea.—Se llama línea el borde o límite de una superficie. La línea tiene una sola dimensión: largo.

La señal que deja la tiza al deslizarse por el encerado o un hilo, nos dan idea de la línea.

Cuerpos geométricos: sus elementos



ENCICLOPEDIA ÁLVAREZ, EDAF, 1997.

Un debate pendiente

En el momento, ciertamente crítico, en el que nos encontramos se impone un análisis algo más riguroso sobre el papel de la imagen en los libros de texto, si no queremos que maneras de hacer o modos de proceder consagrados por el uso, en décadas anteriores, vencedores en definitiva en los mercados del pasado, acaben por quedarse obsoletos e incluso generen en el usuario una reacción contraria, más de rechazo que de aceptación.

Aparte de criticar al famoso padre de familia al que no le preocupa demasiado el costo del calzado deportivo de sus hijos, pero sí el de sus libros escolares, debemos examinar también, entre nosotros, si realmente estamos haciendo los libros de texto que los más jóvenes necesitan, en razón más de la pedagogía que de las leyes del mercado, pues quizá lo cierto venga a ser que en nuestros libros con destino a la escuela prima la forma sobre el contenido y lo superfluo sobre lo esencial, lo que además, y esto es lo más grave, los encarece innecesariamente.

Claro que no se trata de un debate que debamos encabezar precisamente los ilustradores que, en realidad, con opiniones como éstas, solo conseguimos, al menos aparentemente, tirar piedras sobre nuestro propio y frágil tejado. Aunque, naturalmente, a los ilustradores nos gustaría estar presentes si ese necesario debate se propusiera; no en vano representamos al menos al cincuenta por ciento en la superficie de muchos libros escolares.

Admitimos que tal debate no será sencillo, ya que el libro escolar es un fenómeno de mercado hartamente curioso. Parfraseando a mi jefe, y sin embargo amigo, Luis Vázquez, diría que se trata de un producto prescrito por quien no lo compra, comprado por quien no lo usa y usado, finalmente, por quien ni lo prescribe ni lo compra.

De modo que nos parece que haría falta un foro aún más amplio que éste para una reflexión semejante. Pero vaya, desde aquí, nuestra propuesta. ■

*Miguel Ángel Pacheco es autor e ilustrador, además de profesor de Ilustración en la facultad de Bellas Artes de la Universidad de Salamanca.